

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XVII

Octubre de 1940

Núm. 184

Puntos de vista

La lección del desastre de Francia

La lección que se desprende del desastre de Francia no puede ser desechada por las democracias de América Hispánica. Francia llegó a la más profunda de sus crisis, únicamente por el desorden de su política interna. Hace un cuarto de siglo los dones de Francia parecían ser aún inmortales en la superioridad de sus hombres. Pero se ha visto que aquella superioridad quedó postergada por una disminución casi increíble del sentido de la responsabilidad. Los hombres que subieron al poder eran inferiores en su contextura moral a la misión misma que debían desempeñar. Prefirieron ir en diosio absoluto con la misión de la República.

La guerra victoriosa del 14, hizo en forma impresionante la voluntad de placer físico y empequeñeció la naturaleza moral del hombre francés. Mauroisy Jules Romains cada uno de un punto de vista diverso aunque coincidente, en la apreciación del factor humano, llegan al mismo resultado pavoroso: los hombres fueron juguetes de pasiones y carecieron de la energía interior necesaria para prevenir y aun para defenderse del viento disociador que soplaban invisible, pero mortal, desde las zonas de la irresponsabilidad. Cuando se dice irresponsabilidad se dice envidia, odios, rencores, placeres sexuales, frialdad, ausencia de estilo.

Francia bajó una zarabanda de superficialidad, mientras los vecinos se entregaban al penoso trabajo de vencerse a sí mismos,

por el sacrificio y por la austeridad. Mientras Francia seguía creyendo en la gracia y en el encanto de su tradición artística y se envolvía en los pliegues de sus fulgurantes victorias políticas, los pueblos que la espiaban, fortalecían su natalidad, su concepto de la responsabilidad y se aprestaban para destruirla, en sus fuentes vitales.

En las democracias es fácil deslizarse por la pendiente de los vicios y resbalar, sin que la conciencia se dé cuenta de ello, a un abismo. El mayor mal es el que ya hemos señalado: la irresponsabilidad. Cuando la sanción deja de funcionar o se convierte en una complicidad tolerada por los subterfugios y por las componendas, bien pronto se palpan los más duros efectos. El que delinque no es llamado a dar cuenta de sus acios y sobrevive o sobrenada a la vergüenza de que se la acusa. Pero este flotar sobre las aguas de la opinión, no es como pudiera pensarse olvido o justificación de culpas. La indiferencia de la opinión, no es sino complicidad y cuando ésta permite que los funcionarios o los hombres públicos, continúen su vida disipada o su vida de errores, quiere decir que ya la democracia ha dejado de funcionar y no es más que una simulación política.

En Francia, según lo han hecho notar Maurois y Romaine no había poco antes de la catástrofe sino imprevisión y desorden. El desorden no es sólo el funcionamiento irregular de un departamento administrativo o el quebrantamiento de los itinerarios de ferrocarriles; desorden es algo más serio y más medular, en este caso. Es sobre todo, el olvido de los deberes y el abandono de la grandeza moral que en otro tiempo permitió realizar empresas de enorme trascendencia. Los grupos parlamentarios y los hombres de gobierno se entregaban a intrigas y a emboscadas. Se hacían una guerra pequeña e innober y se derribaban por influencia de las mujeres o de los espías. El que tenía una línea más recta de conducta no contaba en el cuadro general. Y como nada influye tanto en la decisión de los hombres como la creencia en su buena estrella, se entregaban con-

fiados a un juego entorpecedor, sin darse cuenta de que el enemigo estaba ya golpeando con su espada las puertas de su propia casa . . .

Izquierdas y derechas en Francia, fueron culpables de este abandono y de esta imprevisión. La democracia ha salido, por lo tanto, muy mal parada y los que observan desde lejos suelen confundir los efectos con las causas. El mal se había generado por la falacia de los hombres, por la irresponsabilidad de los hombres, por la ausencia de caracteres ejemplares. Es más importante la presencia de hombres ejemplares en una democracia que en otra forma cualquiera de gobierno, porque en la democracia, el ejemplo es lo que más golpea la vista y la conciencia y siempre, el que se conduce con más heroicidad moral o mayor gallardía espiritual o con mejor sentido de la responsabilidad, sea cual fuere su función en el Estado, mayor y más profunda es la impresión que causa en los espectadores o sea en la masa general de la opinión.

Las democracias que carecen de estos hombres o que no pueden levantarlos o sostenerlos contra la marea de los irresponsables y están condenadas a ser pasto de la disolución o en su defecto, como en el caso de Francia, a ser aplastadas por naciones poderosas cuyos brutales métodos de guerra son tan rápidos como el rayo, y contra los cuales, no hay forma alguna de defensa, salvo que la previsión haya preparado una fuerza igualmente poderosa.

Por eso decimos que la lección que se desprende del desastre de Francia, aunque dolorosa y cruel, debe ser aprovechada por las democracias nuevas de Hispano América. En esa lección, hay todo cuanto es preciso evitar o corregir con respecto al manejo de un país o a la conducción de los negocios de Estado.